

«Lux ex occidente»

Octava jornada mundial de la juventud,
Denver, 1993

Pablo Pérez Guajardo

Uno de los momentos fuertes del pontificado de Juan Pablo II es la celebración de la jornada mundial de la juventud. El Papa sigue con cuidado la preparación de cada viaje apostólico; pero de modo privilegiado cuando se trata del encuentro con los jóvenes, vela por cada detalle del tema, por el desarrollo del contenido y la organización de los eventos.

La jornada mundial de la juventud en Denver fue más de lo que se esperaba. El Santo Padre la considera como una experiencia sobre la que hay que volver para comprender lo que el Espíritu Santo dice a la Iglesia. Juan Pablo II ha regresado espiritualmente a Denver en la audiencia del miércoles 18 de agosto, y de modo aún más significativo en las palabras que dirigió a los obispos de Estados Unidos en visita *ad limina* (21 de septiembre). En este viaje el Papa ha visto brillar con peculiar fulgor una nueva luz, y a la antigua expresión «*lux ex oriente*», ha añadido «*lux ex occidente*».

Para comprender mejor el mensaje de Denver, quizá sea de utilidad recordar tres puntos sobre los que parece girar la pastoral juvenil del Papa:

- 1) Dios lleva los hilos de la historia y quiere renovar a la Iglesia por medio de la juventud.
- 2) A los jóvenes hay que sacarlos de sus circunstancias, lanzarlos a peregrinar.
- 3) Hay que «acompañar» a los jóvenes en su peregrinación física y espiritual para descubrir con ellos lo que Dios quiere.

1) Dios lleva los hilos de la historia y quiere renovar a la Iglesia por medio de la juventud.

En efecto, en la homilía durante la misa para los delegados (12 de agosto) el Santo Padre afirmó: «Todo esto hace de Denver un reflejo de lo que aconteció en Jerusalén durante Pentecostés»; y de modo claro lo reiteró a los obispos en la catedral de Denver: «En estos días somos testigos de la gracia del Espíritu Santo que actúa en tantos corazones jóvenes y generosos». Para Juan Pablo II resulta casi evidente que Dios tiene interés en renovar a la juventud, y otorga gracias insospechadas que la Iglesia debe apresurarse a recoger.

Es importante subrayar que por primera vez el Papa, durante una jornada mundial de la juventud, celebra una misa con los obispos y les dirige una homilía. En la catedral de Denver, las palabras del Santo Padre señalaron con precisión qué deben pensar y qué deben hacer como obispos. En la homilía les ha dicho que en la jornada mundial los jóvenes «han captado algo de lo que el Padre eterno revela a los pequeños»; el Papa considera que en cierto sentido «los pastores hemos sido llamados aquí por los jóvenes», y concluye con el ardiente deseo de que la jornada mundial de la juventud despierte de nuevo en los obispos «confianza en las llaves del reino de los cielos que Cristo encomendó a la Iglesia en la persona de Pedro».

Para el Papa no se trata de una posibilidad, ya es un hecho el brillo de la luz de occidente, y sin ambages lo proclamó ante los jóvenes el 15 de agosto: «Habéis hecho una experiencia real y transformadora de la vida nueva que sólo Cristo puede dar... Para mí, nuestro encuentro ha sido una profunda y conmovedora experiencia de vuestra fe en Cristo, y hago más las palabras de san Pablo: 'Tengo plena confianza en hablaros, estoy orgulloso de vosotros. Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones' (2 Co 7,4)».

La acción misionera de los jóvenes debe ser apoyada por los obispos que habrán de dar continuidad a la invitación del Papa a todos los norteamericanos: «Detengámonos y reflexionemos juntos» (*ceremonia de bienvenida*, 12 de agosto). El saludo dirigido a toda la nación, deberá encontrar especial eco en los obispos para que el «detengámonos» se transforme en educar de acuerdo con un sistema de valores basado en la verdad, so pena de abandonar a la juventud a merced de una fácil

manipulación. Y el «reflexionemos» sea ponderar la realidad de que la grandeza de una nación radica «en el modo en que trata a cada ser humano, pero especialmente a los más débiles y a los más indefensos».

En la audiencia general del 18 de agosto, el Papa volvió sobre la participación de los jóvenes afirmando: «El aspecto más interesante del encuentro de Denver fue, ciertamente, la respuesta de los jóvenes... El verdadero centro de la octava jornada mundial de la juventud fueron los jóvenes mismos».

2) A los jóvenes hay que sacarlos de sus circunstancias, lanzarlos a peregrinar.

Juan Pablo II lleva en el corazón la fuerza de las peregrinaciones. El alma de la peregrinación es caminar hacia una meta. En este caso no ha sido venerar un santuario; fue una ciudad moderna, meta simbólica de la metrópoli que determina el estilo de vida y la historia de gran parte de la familia humana al final del siglo XX.

Para el Santo Padre peregrinar es una experiencia fundamental, es un momento de pausa en la marcha constante de la fe; son jornadas para profundizar y examinar la respuesta de fe. La peregrinación constituye una etapa privilegiada para liberar a los jóvenes de sus circunstancias y abrirlos hacia horizontes más vastos, a perspectivas de ilimitada esperanza y de grandes aspiraciones.

En el contexto de la precaria condición de peregrinos, hay que plantear a los jóvenes los interrogantes: ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué existo? ¿Qué debo hacer?, darles a gustar la apremiante necesidad de tener un sentido y una meta en un mundo en el que aumenta la complejidad y la dificultad de ser feliz. «Dejar de plantearse esas cuestiones básicas significa renunciar a la gran aventura de buscar la verdad acerca de la vida» (*vigilia de oración*, 14 de agosto).

Estar en marcha dispone a los jóvenes a descubrir la fuerte realidad de la existencia humana y cristiana que se debate en una auténtica lucha. Un combate en el que está en juego la misma vida. El «dragón» del Apocalipsis (12, 3) ataca con intención de devorar el «Niño». Representa el colosal esfuerzo por difundir una «cultura de muerte» que en todas las épocas se

puede medir por la matanza de inocentes. El 15 de agosto el Papa subrayó que «en nuestro siglo, más que en cualquier otra época de la historia, la cultura de la muerte ha adquirido una forma de legalidad para justificar los más horribles crímenes contra la humanidad». El padre de la mentira «intenta incesantemente desarraigar del corazón humano el sentido de gratitud y respeto original, extraordinario y fundamental de Dios: la misma vida humana». Y como Vicario de Cristo sentencia: «Hoy esa batalla ha llegado a ser cada vez más directa».

Denver ha sido un tiempo de gracia, y ha permitido comprender mejor lo que se espera de una peregrinación: un momento propicio para escuchar a Cristo que llama a la puerta de muchos corazones para enviarlos a la viña, donde les espera una mies abundante.

3) Hay que «acompañar» a los jóvenes en su peregrinación física y espiritual para descubrir con ellos lo que Dios quiere.

Desde el altar de la catedral de Denver, el Santo Padre explicó a los obispos qué significa «acompañar» a los jóvenes. «Acompañar» es abrirles la puerta del misterio de Cristo y de la Iglesia. «Acompañar» es enseñarles a descubrir los valores trascendentes que permiten contemplar a la Iglesia como misterio de comunión y no como simple institución humana con aspiraciones temporales. «Acompañar» es ayudarles a descubrir que son templos de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en ellos. «Acompañar» es reconocer que ellos son «la Iglesia que surge sobre la piedra de la verdad divina, la piedra de la fe apostólica».

Para Juan Pablo II «acompañar» a la juventud occidental equivale a afrontar la raíz de su problema fundamental: el relativismo intelectual y moral. Esto lo volvió a enfatizar el Papa a los obispos estadounidenses el 21 de septiembre: «Los jóvenes de América, y en realidad de todo el mundo occidental, que con frecuencia son víctimas de teorías educativas que proponen como principio fundamental de la moral ‘crear’ los propios valores y ‘estar satisfechos de sí mismos’, piden ser liberados de esta confusión moral».

La jornada mundial de la juventud en Denver tuvo como objetivo «testimoniar la gran urgencia de abatir los muros de la pobreza y la injusticia, de la indiferencia y el egoísmo, con el fin de construir un mundo acogedor y abierto, fundado en Cristo» (*audiencia*, 18 agosto).

El discurso del Papa durante la vigilia de oración (14 de agosto) evoca entre líneas las multitudes que se alzaron en Moscú y en Lituania contra los tanques soviéticos y a los diversos pueblos de Europa central y oriental que venciendo el miedo salieron a las calles para defender su libertad. Con acento profético pregunta a los jóvenes «¿Por qué la conciencia de los jóvenes no se rebela contra esta situación, sobre todo contra el mal moral, que brota de opciones personales?...Lo normal sería que la conciencia señalara el peligro mortal que encierra para el individuo y para la humanidad el hecho de aceptar tan fácilmente el mal y el pecado. Y, en cambio, no siempre sucede así. ¿Será porque la misma conciencia está perdiendo la capacidad de distinguir el bien del mal?». El Santo Padre pone en guardia contra una cultura en la que cada persona pretende construir un sistema privado de valores. Ante esta oscuridad moral ofrece la posibilidad de un «renacimiento de la conciencia» que debe brotar de dos fuentes: la primera es el esfuerzo por conocer con certeza la verdad objetiva, la segunda la fe en Jesucristo.

De forma análoga a cuanto hizo el pueblo checo en la plaza de San Wenceslao, como los rutenos izaron sus estandartes por las calles de Ucrania y los rumanos arrojaron de su bandera el signo de la esclavitud, Juan Pablo II invita a los jóvenes a vencer el miedo y liberar a occidente de la opresión del relativismo. El 12 de agosto en la homilía a los delegados y más tarde en el estadio y la celebración del 15 de agosto exclamó: «¡No tengáis miedo!» y les insistió: «No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos, como los primeros Apóstoles que predicaban a Cristo y la buena nueva de la salvación en las plazas de las ciudades, de los pueblos y aldeas. No es tiempo de avergonzarse del Evangelio».

A Moscú, Berlín, Sofía, Budapest, Varsovia, etapas de una larga marcha hacia la libertad, ahora sigue otro largo y arduo sendero de liberación: aborto, limpieza étnica, genocidio, eutanasia, violencia urbana, droga, comercio y manipulación de la vida. El perentorio «no matarás» esculpido en las tablas de la alianza sigue vigente, y la «matanza de inocentes no deja de ser algo pecaminoso o destructivo por el mero hecho de realizarse de modo legal y científico» (14 de agosto).

El Papa ha querido acompañar a los jóvenes aconsejando la oración y la caridad como pasos para la conquista de la libertad: «Los Estados Unidos tienen mucha necesidad de oración, si no quieren perder su propia alma»; «Sin caridad, la lucha por la defensa de la vida carecería del

elemento esencial de la ética cristiana; como escribe san Pablo: 'no te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien' (Rm 12,21)» (homilía, 14 agosto).

Al concluir el viaje apostólico, el Papa se despidió de los Estados Unidos con una nota vibrante y fundado optimismo: «los mismos jóvenes me han enseñado a tener cada vez mayor confianza... muchos jóvenes no quieren huir de sus responsabilidades. Esa actitud es un faro de esperanza». Con el corazón henchido de gratitud a Dios el Papa resumió el encuentro de Denver en la frase: «*Lux ex occidente*».

PABLO PÉREZ GUAJARDO